

pastor y que fueron una moderna reconstitución del juicio de Paris, volvamos á Celadón, á quien hemos dejado medio asfixiado en manos de la princesa Galatea y de sus dos compañeras Silvia y Leónida. La inflamable princesa se enamora del hermoso pastor.

Daban sentimentales paseos por el parque, en el que se hallaba la famosa fuente de Verdad de Amor á donde acudían los amantes á asegurarse de la fidelidad de sus amadas. Si Astrea abrigaba dudas acerca de Celadón, hubiera debido acudir á aquella agua de verdad para salir de ellas; desgraciadamente la fuente había perdido momentáneamente su virtud; estaba encantada y no había medio de consultarla desde que dos valientes caballeros, llamados Clidamante y Guyemante, habían intentado inútilmente hacer mella en el corazón de la insensible Silvia.

Si Galatea, hija de la reina Amasis, se paseaba á orillas del Lignón en el momento en que Celadón se arrojó en él, sus razones tenía para ello. El general en jefe de las tropas de Amasis, Polemas, se había enamorado de ella, pero no era correspondido. Imaginó una artimaña para conquistar aquel corazón rebelde. Rogó á su amigo Climante que se fingiese druida y que predijese á Galatea que, si se paseaba á orillas del Lignón á cierta hora y en cierto día, encontraría al que los cielos le destinaban por esposo. Reservábase Polemas el ir á pasearse precisamente á la misma hora por aquellos sitios para obtener el beneficio de a profecía y hacerse pasar como pretendiente celestial. No tuvo suerte: las ondas llevaron á la desierta orilla el cuerpo de Celadón antes de que se presentase Polemas, y fué aquél quien salió ganando con el oráculo en el sensible corazón de Galatea.

He aquí cómo se descubrió la superchería. Leónida había creído prudente avisar á su tío, el gran Druida Adamas que Celadón había sido recogido en Issoure sin que nadie lo supiera y era cuidado por Galatea. Estando Adamas ausente en aquel momento, fué su sobrina á buscarle á Feurs, pero la sorprendió la noche en el camino y tuvo que dormir en una venta. Separaba su alcoba de la inmediata un delgado tabique y de esta suerte pudo oír voces que no le eran desconocidas. Eran éstas las del falso druida Climante y la del general Polemas que se hallaban por casualidad en la misma venta. Refería Climante al enamorado general la estratagema de que se había servido para llevar á Galatea á orillas del Lignón. Leónida no perdió una palabra de su conversación y de esta suerte se vió iniciada en los enredos de la falsa magia.

Galatea era demasiado piadosa para desobedecer al oráculo que le mandaba amar á Celadón. Éste era joven y hermoso, y la obediencia no resultaba difícil. Cuando el ahogado se restableció, echó de ver que esperaban hacerle pagar con su libertad y con su amor los cuidados

que había recibido. Galatea se desesperaba y hallaba mil pretextos para tratar de retenerle en aquella prisión dorada y misteriosa. Porque aquella princesa cuidaba aún demasiado de su honor para no ocultar á los ojos de todo el mundo á su querido prisionero, que nadie sabía en la comarca á donde había ido á parar. Entretanto su hermosura hacía estragos. La azafata de la princesa Galatea, llamada Leónida, se enamoró también perdidamente de sus encantos. Para no ser rival de su ama y para evitar al mismo tiempo el sufrimiento de los celos, confió sus penas á su tío Adamas, el Gran Druida, é imploró su auxilio.

Éste se lo concedió con tanta más facilidad cuanto que, en virtud de un oráculo, su dicha dependía de la felicidad de Celadón y de Astrea. Aprovecharon una visita que la reina Amasis hizo á Issoure, y, en medio del trastorno producido por los preparativos de la recepción y por la numerosa corte real, pudo Celadón disfrazarse de doncella y salir del castillo.

Respetando las órdenes de Astrea que le había prohibido tratar de verla sin orden suya, no se atrevió á volver á la aldea donde hubiera podido encontrarse con ella. Instalóse en un caverna de los alrededores, la cual arregló lo mejor que pudo y adornó con el retrato de Astrea, así como con numerosos versos galantes.

Un día que salió, encontró dormido en el césped á Silvandro, el amante de Diana que era la amiga íntima de Astrea. No pudo resistir al placer de deslizar entre sus dedos un billete para la más linda de las pastoras. No fué pequeño el asombro de Silvandro al despertar, pero mayor fué aún el de Astrea cuando, habiendo dejado caer Silvandro el misterioso billete, reconoció ella sin género alguno de duda la letra de Celadón. Á partir de aquel momento el más ardiente deseo de Astrea fué visitar el sitio donde estaba dormido Silvandro cuando un genio colocó en sus manos el perturbador billete. Difundida la extraña noticia, partieron en tropel Astrea y sus amigas Filis y Diana, con Silvandro, novio de ésta, acompañado por el inconstante y gracioso Hilas que las divertía con las paradojas de su humor versátil. Aquellos dos amigos, sabios doctores ambos en metafísica amorosa, como que acababan de hacer sólidos estudios en las escuelas de Marsella, hicieron menos largo el camino con sus sutiles demostraciones.

Sea que Silvandro se distrajese con estas disquisiciones ó con su amor hacia Diana, sea que, por ser la comarca lugar poco frecuentado, no conociese bien el camino, perdiéronse, y Silvandro no dió con el árbol á cuya sombra se había dormido. Mientras andaban perdidos, no dejó de sorprenderles el divisar entre la espesura un templo dedicado á la diosa Astrea; las bóvedas y el recinto estaban formados por ramas entrelazadas. Carteles y placas de mármol contenían versos grabados ó trazados con pluma, sonetos galantes ó cantos de amor. Encima de la entrada se

leía un sexteto que prohibía el acercarse al templo á los que no sintiesen la llama durable de una pasión constante. Por eso no se atrevió Hilas á entrar con los demás. Para distraerse durante su ausencia, tomó un tintero y empezó á corregir de tal suerte los cantos de amor, que parecía que recomendaban la inconstancia y la frivolidad. Había hecho estas correcciones de un modo tan hábil que estaba seguro de que habían de sorprender grandemente á sus amigos y á su vuelta.

Entretanto habían penetrado éstos en el recinto sagrado, leyendo los versos y las inscripciones, admirando el altar en el que se veía un retrato muy parecido de Astrea y otras mil maravillas que perturbaban grandemente el corazón de la pastora.

Cuando salieron se entretuvieron en dejarse engañar por el artificio de Hilas, admirando luego su buen humor y en esto llegó la noche. Tu vieron que dormir al raso.

Al día siguiente por la mañana, daba Celadón su ordinario paseo por aquellos parajes siempre solitarios, cuando vió con sorpresa el grupo de visitantes dormidos. Reconoció en seguida á su hermosa Astrea y no pudo resistir á la tentación de escribir un billete para ella, deslizándolo en el corpiño de la pastora y hurtándole de paso un discreto beso; luego huyó con ligereza. Nada tiene de extraño que con todo esto se despertase la que dormía y divisase á su fiel amante que desapareció inmediatamente y, como el sol naciente le daba con sus rayos en los ojos, vióle como rodeado de una aureola, semejante á un alma transfigurada que emprende el vuelo hacia el cielo. Quedó persuadida, y así lo refirió á sus compañeras, de que la había visitado la sombra del difunto Celadón á quien juró inmediatamente erigir un cenotafio para su eterno descanso.

En el vecino bosque cayeron los tejos y encinas bajo el hacha de los pastores y el Gran Druida Adamas presidió la ceremonia fúnebre en honor de un difunto que el sabio gozaba de muy buena salud.

El druida Adamas, desde que auxilió á su sobrina Leónida para hacer salir al pastor del castillo de la inflamable Galatea, había ido con frecuencia á ver á Celadón, y empleaba toda su autoridad para persuadirle á que fuese á buscar á Astrea y llevase á cabo su feliz unión, reservándose el decirle que de esto dependía su porvenir drúidico. Pero el infeliz desterrado permanecía inflexible respetando al pie de la letra un mandato cuyo espíritu debía violar escandalosamente. Á todas las instancias del druida oponía á las órdenes de Astrea la prohibición de presentarse á ella. Si le echaban en cara el haber ya desobedecido contemplando á Astrea dormida, alegaba que le estaba prohibido, no el verla, sino el hacerse ver. Adamas se aprovechó hábilmente de esta distinción. Tenía una hija que se estaba educando en el convento de Chartres ó, para hablar en galo, en el antro de los Carnutos, y que hacía largos años

que no había vuelto á su país. Fingió que tenía que volver á respirar el aire natal por causa de su salud, hizo circular la noticia y á nadie le llamó la atención el ver un día en su casa á una joven que respondía al nombre de Alexis, sin que nadie sospechase que era Celadón disfrazado de doncella.

El druida Adamas no dejaba de tener alguna inquietud acerca del resultado de esta aventura. Sabía que su sobrina Leónida era muy sensible y se preguntaba si era prudente darle por compañera á un pastor con faldas. Pero el oráculo le tranquilizó anunciándole que el corazón de Leónida no se vería turbado por los encantos de Celadón.

Fué un acontecimiento en la comarca, cuando se supo que la hija del druida había vuelto para reponerse. Toda la buena sociedad acudió á visitarla.

Asistimos á un día de recepción de la druidesa y si nos maravillamos, ya del confort de los muebles, ya de la encantadora elegancia de los coloquios, ya de la inverosimilitud de aquellas escenas que tienen tan poco color local, daremos pruebas de que no comprendemos ni una palabra en materia de novelas del siglo xvii, que, merced á un artificio ingenioso, consistían en pintar la sociedad contemporánea con nombres antiguos sin cuidarse para nada de la antigüedad.

Las novelas siguientes han de ser igualmente inverosímiles desde el punto de vista de la crítica histórica; era esto un postulado, una convención tácita, y si hoy día desagradan, no es porque no están de acuerdo con la historia, sino porque son demasiado largas y porque han perdido el interés de la actualidad. En cuanto á la verdad histórica, les hace tanta falta como la verdad geográfica y etnográfica á las *Cartas persas*.

La fama de la Fuente de Verdad de Amor atraía á muchos extranjeros que iban á consultarla. Acudieron entre otros un hermoso caballero y su dama, Alcidón y Dáfnide. Su historia ofrece algunos episodios que no dejan de tener interés aunque nos alejan por algún tiempo de Celadón. Se habían unido á los pastores que fueron á visitar á la hermosa Alexis. Ansiosos de interrogar al Gran Druida y de confesarse con él, le llamaron á parte á una habitación inmediata.

Adamas instó á Dáfnide á que diese á conocer su historia. Entonces refirió que era una de las más nobles damas de honor en la corte de Turismundo, hijo mayor de Thierry, rey de los visigodos; que Turismundo quería que su corte fuese de las más brillantes y que hacía celebrar bailes con frecuencia con juegos de sortija, justas y torneos; que tuvo el capricho de unir á Alcidón, que tenía dieciocho años, con la joven Dáfnide, y que éstos se amaron en seguida. Pero murió Turismundo y Dáfnide tuvo que seguir á sus padres que se retiraron á la provincia romana donde radicaban sus bienes, temiendo algún tumulto á consecuencia del cambio de rey. Alcidón tuvo que seguir al belicoso Enrique

en sus campañas, durante las cuales tomó á Marsella y á Arles y dominó á gran número de pueblos. Ambos amantes se hallaban muy afligidos por semejante separación que trataron de hacer más llevadera dándose en secreto furtivas citas. Mientras Alcidón guerreaba en la comarca, Dáfnide le envió primero una carta encargándole que procurase visitar el castillo de Lers, á orillas del Ródano, á donde ella debía ir. El castellano era muy amigo del rey Enrique, « y le servía en su ejército en las máquinas de guerra, teniendo el mando de las catapultas, arietes, y otros instrumentos análogos ». Allí se encontraron y pudieron darse una nueva cita en casa de un pariente, en los alrededores de la fuente de Val-Close, que es la de Vaucluse. Debía guiar á Alcidón hasta aquella feliz morada un hombre de confianza. Con la seguridad de volver á verla muy pronto, se separó de Dáfnide.

Dirigióse Alcidón hacia la fuente de Vaucluse, — muy célebre en tiempo de Urfé por el recuerdo de Petrarca, modelo de todos los poetas de entonces. Allí vió al agua mugir, hincharse y de entre sus borbollones surgió un anciano vestido de algas que profetizó lo siguiente :

— Afortunado demonio de Sorgues, escucha lo que te prometo. Antes de que acaben de pasar veintinueve siglos galos vendrá á tus orillas el Cisne Florentino, el cual á la sombra de un laurel, cantará con tal suavidad que encantando á los hombres y á los dioses hará célebre tu nombre en todo el mundo, y te hará mucho más glorioso que todos los ríos que como tú van á desaguar en el mar¹.

Quería continuar, dijo Alcidón, cuando oyendo algún ruido, y según me figuro, viendo venir á los que me buscaban, quedé maravillado de que él y toda su gente diesen palmotadas en el agua haciéndola saltar tan alto que los perdí de vista y me quedé como dormido.

No tardó el rey en fijarse en Dáfnide, y Alcidón tuvo un rival. La intriga á que dió lugar este amor real fué de las más románticas pero hay que dejarla de lado.

Cuando Dáfnide acabó su relato, Adamas dió las gracias á los jóvenes por su confianza y les prometió devolver á sus juveniles corazones la tranquila calma del amor.

Ellos se incorporaron con la gente que había ido á visitar á la hermosa Alexis.

Astrea, seducida por una semejanza que la llenaba de inquietud, aceptó el pasar varios días al lado de aquella *frígida* doncella de la que no debía volver á separarse.

1. Esta profecía parece remedo de la hermosa *Profecía del Tajo* de Fray Luis de León :

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo sin testigo ;
El río sacó fuera
El pecho y le habló de esta manera...

(N. del T.)

Júzguese si, durante algún tiempo, vió Celadón colmados sus deseos habiendo hallado aquel medio ingenioso de no desobedecer á Astrea y sin embargo de no separarse de ella. Él no violaba su promesa puesto que Astrea había desterrado á Celadón pero no á Alexis. La pastora se convirtió inmediatamente en inseparable amiga de la falsa druidesa; besábanse y acariciábanse mutuamente, cambiaban con frecuencia de traje, dormían en la misma habitación y sólo diremos que la pobre Alexis se veía sometida con frecuencia á muy duras pruebas. Experimentaban involuntarios estremecimientos cual si cierto instinto secreto advirtiese á Astrea su error, sin que la joven se diese cuenta de ella. Juráronse amistad eterna y cuando Alexis volvió al convento, prometió Astrea ir á encerrarse con ella. Cambiaron los más tiernos juramentos que una hizo en nombre de la amistad y la otra recibió en nombre del amor.

Pasado algún tiempo, presidió Adamas la gran ceremonia del muérdago del Año Nuevo. Todos los pastores del país y de los alrededores acudieron á ella. Astrea y Alexis acompañaron al Gran Druida con su hijo Paris, su sobrina Leónida, y con algunos señores y damas que venían de Italia como Dáfnide y Alcidón, ó de Lyon, como Palínice, Circene y Florisa. ¿ Quién podría expresar los mal contenidos transportes de Astrea mientras paseaba á Alexis por los lugares que habitó Celadón, haciéndole visitar el templo que su pastor había erigido en su honor y leer los versos que había compuesto para ella, grabándolos en el tronco de los árboles? Encantadores recuerdos á los que dió mayor vida la perturbadora semejanza que había entre Alexis y Celadón.

Después de la ceremonia del muérdago del año nuevo, copiosa y lindamente descrito, reunióse la asamblea de pastores para celebrar una corte de amor. Diana dió su fallo en una disputa galante á que Filis había provocado á Silvandro.

Por la noche reuniéronse todos en casa de Foción, tío de Astrea. Como eran muy numerosos, hubo que repartir los dormitorios y los lechos. Pusieron juntos á Astrea, á Leónida, á Diana y á Alexis. El gran druida Adamas, cuyo más ferviente deseo era el que Astrea y Celadón se reconociesen, favorecía las ocasiones que pudieran ponerlos en contacto, no experimentando ningún empacho en ejercer aquel oficio algo impropio de un ministro de la religión.

Las escenas de los juegos de las jóvenes, — una de las cuales no lo era, — en el dormitorio de las pastoras, son los episodios más picantes del libro, por la mezcla de audacia y de reserva, y de galantería ingeniosa, sin abuso ni pesadez.

Entretanto el general Polemas seguía vivamente enamorado de la hija de la reina, y Galatea continuaba dando la preferencia á Lindamor.

Ya hemos visto cómo fracasó su ardid, cuando hizo dar una cita páfida á su cruel amante por medio de un falso druida, dado que ésta había encontrado y amado á Celadón en el sitio designado por el oráculo. Por otra parte, el falso druida recibió el castigo de este sacrilegio siendo reducido á prisión y ejecutado en la plaza de Marcilly.

Tanto por vengarle como por asegurar la ejecución de sus proyectos, levantó Polemas el estandarte de la rebelión. Cometiéndola más negra traición hizo alianza con los príncipes vecinos, se aseguró el apoyo del rey de los burgundios que tenía su capital en Lyon y, aprovechando la ausencia de la nobleza del Forez, que se hallaba entonces en el ejército del rey de Francia, marchó contra Marcilly para destronar á la reina Amasis y casarse con la princesa. Felizmente para éstas, habían acudido precisamente de todas partes numerosos caballeros á consultar la fuente de Verdad de Amor, y tomaron la defensa de la reina apoyando su buen derecho. Ésta se vió tanto más inquieta con los peligros con que le amenazaba la ambición de Polemas, cuanto que supo la muerte de su hijo Clidamante, muerto en París en un motín en defensa del rey Childerico. Leónida fué llamada por Galatea y quedaron solas Alexis y Astrea en casa de su tío Foción. Su intimidad iba en aumento de día en día. Celadón tenía á veces ciertos escrúpulos y á no ser por las seguridades que le daba el gran druida Adamas, llegaba á dudar de que fuese muy honrado para un pastor disfrazarse de doncella á fin de sorprender las caricias de una pastora que le había desterrado de su vista. En cuanto á Astrea, inconsolable siempre por la muerte de Celadón, abandonábase al cariño que le inspiraba Alexis con inocente confianza.

Entretanto veíase el país cubierto de milicias y de soldadesca. La apacible morada de los pastores era teatro de escenas violentas y resonaban en ella, no los balidos y menudos pasos de las blancas ovejas, sino el galope de los caballos y el ruido de las armas. Surcaban la llanura bandas de jinetes asustando á las modestas pastoras que, sentadas en corrillo ante la puerta de sus cabañas, se entregaban á agradables conversaciones.

En Marcilly había organizado la defensa Adamas secundado por valientes caballeros tales como Damón, Alcidón y Godomar, hijo de Gondebaldio, rey de los burgundios. Rechazaron tres mil bravos soldados el primer asalto de Polemas que daba como pretexto de su rebelión el deseo de arrancar á las princesas á la influencia del gran druida. Resolvió vengar ferozmente su derrota. Habiendo sabido que Adamas tenía en su compañía á su hija y que ésta se llamaba Alexis, la hizo robar. Pero afortunadamente Astrea y Alexis habían cambiado aquel día de traje y los soldadotes de Polemas llevaron por equivocación á Astrea al campamento. Celadón fué testigo del rapto sin poderlo im-

pedir; corrió en pos de los jinetes, y sin aliento y cubierto de sudor fué á buscar á Polemas á fin de desengañarle dándose á conocer por la verdadera hija de Adamas. Moviése entonces entre ambos amantes, cual en otro tiempo entre Niso y Eurialo, una noble porfia de generosidad, pues cada uno quería perecer para salvar la vida del otro. En vano los amenazó Polemas con terribles castigos, pues ninguno de los dos quería retroceder y ambos estaban dispuestos á afrontarlos. El tirano mismo estaba casi conmovido y no podía menos de sentir cierta secreta ternura hacia Astrea á quien la abnegación hacía aparecer más bella; sin embargo, triunfó el odio en su corazón.

Astrea y Celadón fueron atados juntamente y empujados á lanzadas por los soldados ante los muros de Marcilly. Á cada uno le habían puesto una antorcha en las manos con orden de prender fuego á la puerta de la ciudad á la que sabía el tirano que podrían acercarse impunemente. Desde lo alto de los baluartes contemplaban tristemente los sitiados este doloroso espectáculo y no se atrevían á tirar ni una sola flecha contra los soldados enemigos por temor de herir á aquellas desgraciadas víctimas.

Hubieran acabado mal ellas ó la ciudad, si repentinamente el capitán de aquel lúgubre escuadrón no hubiese hecho detenerse á sus hombres, ordenándoles que pusiesen en libertad á los cautivos y que diesen armas á Celadón mientras él favorecía la fuga de Astrea. Fué grande el estupor lo mismo en la ciudad que en el campamento y sobre todo en la escolta, al ver á aquel oficial hacer traición á Polemas y armar á sus prisioneros contra sus guardianes; aquella abnegación fué inútil porque Polemas envió soldados de refuerzo para apoderarse nuevamente de los prisioneros y castigar al páfido oficial. Felizmente en aquel momento saltaron desde las murallas al foso dos caballeros de Marcilly y acudieron en socorro de Celadón á quien lograron libertar hasta el momento en que los sitiados, haciendo una vigorosa salida, rechazaron á los sitiadores.

En cuanto al generoso traidor que había salvado á Celadón, resultó ser Semiro, aquel páfido pastor que amó en otro tiempo á Astrea y que sembró en su corazón la desconfianza y los rigores que estuvieron á punto de costar la vida á Celadón. Atormentado por los remordimientos, había ido á alistarse en el campo de Polemas. Habiendo reconocido en aquella ocasión á Celadón y á Astrea, acababa de prestarles un servicio que rescataba su culpa á costa de su sangre. En efecto, fué gravemente herido durante aquella escaramuza y murió casi inmediatamente con la alegría de llevar al otro mundo el perdón y el agradecimiento de Celadón. Por lo que hace á Astrea, hallábase en lugar seguro. Inmediatamente que la vieron libre, arrojáronle desde lo alto de las murallas un cesto sujeto con una cuerda y la subieron en él.

Los dos amantes se hallaban en salvo y el traidor Polemas se veía rechazado.

Honorato d'Urfé murió antes de acabar su novela¹. La continuación escrita por Baro es la más generalmente admitida como ajustada al verdadero plan del autor.

Bástenos indicar brevemente la conclusión. — La reina Amasis está llena de ansiedad. Desearía avisar á sus bravos caballeros que están lejos del país. Envíales mensajeros que deben atravesar las líneas de los sitiadores para ir á buscar los auxilios febrilmente esperados. Al fin llegan éstos: el ejército está mandado por Lindamor, por Segismundo, hijo de Gondebaldo, y por Rosileón, rey de lo pictos y de los santones. Polemas había empezado á minar la ciudad para hacer entrar en ella su ejército por caminos subterráneos, pero su proyecto se ve descubierto y contrariado. Lindamor le propone un duelo para poner fin á las hostilidades. Polemas acepta y es muerto, restableciéndose con esto la paz en aquella tranquila y campestre comarca.

Tranquilo Adamas por lo tocante á la reina Amasis, desearía unir á Astrea con Celadón tanto para la felicidad de ambos como para la suya propia, pues según el oráculo su fortuna depende de la de los jóvenes. Celadón estaba siempre dispuesto á observar, ya que no el espíritu, que Alexis violaba de un modo extraño, por lo menos la materialidad de la prohibición que le impuso Astrea de no volver á mostrarse en su presencia hasta que ella se lo ordenase.

Á las instancias de Adamas respondía que era preciso que Astrea le diese permiso para volver. Leónida no tuvo gran trabajo para obtener tan dulce mandato. Condújolos á un bosque sagrado y oscuro. Después de algunas ceremonias cabalísticas, ordenó á Astrea que llamase á Celadón, y apareció Alexis. Astrea seguía esperando. « No veo más que á Alexis. » — « ¡ Ya no hay Alexis, soy Celadón! » La pobre pastora menos pesarosa de haber sido engañada que avergonzada de las libertades que había permitido á la fingida druidesa, arrojó de nuevo al insolente con más rudeza que la primera vez, excitada por su ira y por su pudor ofendido.

En aquel momento hallábanse dos parejas sumidas en la misma desesperación: Astrea y Celadón y sus amigos Diana y Silvandro. Como todos estaban demasiado acongojados para amar la vida habían resuelto morir y habían escogido el mismo género de muerte que consistía en hacerse devorar por los leones y los unicornios guardianes de la Fuente de Amor; pero entonces se produjeron fenómenos

1. Tal vez conoció Honorato d'Urfé la curiosa novela *El Siervo libre de amor* del escritor gallego Rodríguez de la Cámara, ó del Padrón que floreció en la segunda mitad del siglo xv. Como el autor de *Astrea* escogió, en parte, como teatro de sus novelas su propia tierra, Galicia, y trazó paisajes llenos de verdad. (N. del Tr.)

terribles. Astrea y Diana fueron halladas dormidas sobre el césped y junto á ellas había acostados dos unicornios con la cabeza colocada sobre las rodillas de las jóvenes, como para atestiguar su pureza. Celadón y Silvandro yacían al lado, desmayados.

Cubrían el cielo obscuras nubes, estalló el rayo y tembló la tierra. De pronto apareció el genio del amor para anunciar que la Fuente de Verdad de Amor quedaba desencantada. Leones y unicornios quedaron convertidos en estatuas de piedra y Adamas echó mano de la casuística para explicar semejante milagro. La fuente debía quedar desencantada por la muerte de una amante fiel: en efecto, había muerto una amante fiel, puesto que Alexis ya no existía. Las dos parejas de amantes recobraron el sentido y, por orden del amor, se dedicaron á amarse sin escrúpulos ni remordimientos.

Vino á ensombrecer aquel alegre día un último oráculo, que ordenaba al druida Adamas que matase á Silvandro, el amante de Diana. El druida cree, como todos nosotros, que tendrá que inmorlarle sobre una pira. ¡ Qué error! En el momento en que están dispuestos todos los preparativos fúnebres y en que Abrahán levanta el cuchillo sobre aquel nuevo Isaac, echa de ver sobre el hombro de la víctima un cicatriz reveladora: Silvandro no es tal Silvandro, sino Paris, hijo perdido y hallado del gran druida; Silvandro no existe, Silvandro ha muerto; el oráculo está satisfecho y los pastores no lo están menos.

Contribuyen á alegrar esta memorable jornada los matrimonios de Astrea y de Celadón, de Paris y de Diana, de Galatea y de Lindamor, de Ergasto y de Leónida y otros muchos. Todos son tan felices y se hallan tan satisfechos de que la fuente esté desencantada que van á mirarse en ella de dos en dos, y el mágico espejo se muestra con todos elementos, hasta con el inconstante Hylas cuyo corazón voluble consigue fijar al fin. El gran druida Adamas se halla en el colmo de la felicidad, la reina Amasis se encuentra tranquila y contenta y la universal satisfacción es el más risueño presagio de la felicidad universal.

Tal es esta novela; el precedente resumen refiere lo esencial y deja á un lado las historias parásitas é intercalares que han hinchado la obra hasta el punto de llenar ésta 4.385 páginas, lo cual es demasiado para una novela.

No lo creían así los contemporáneos, pues gozó en su tiempo del éxito más amplio y persistente. Desde el día en que apareció la Astrea, quedó creada en Francia la novela tipo y modelo al que debían ajustarse todas las demás.

La Astrea concentra y vivifica todo lo que había de pureza, de generosidad y de deferencia en el viejo espíritu de la caballería francesa, en la galantería innata en nuestra raza, y, puedo agregar, en su distinción. Durante cinco volúmenes, en que sólo se trata de amor, no hay una lí-